iLeoVlogs

ESTA NO ES LA TÍPICA LOCURA DE LOS 18 AÑOS

mr

iLeoVlogs

Esta no es la típica locura de los 18 años

mr

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Guillem Alos Roura (iLeoVlogs), 2018
Edición y fijación del texto: Daniel Estorach
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
Diseño de la cubierta: © Diego Carrillo
Ilustración de la cubierta: © Héctor Trunnec
Fotografía de la cubierta: cortesía del autor
Primera edición: mayo de 2018
ISBN: 978-84-270-4442-5
Depósito legal: B. 7.670-2018
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Rodesa, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Prólogo 11
1. La tienda 21
2. El brindis 31
3. Perdidos 41
4. El despertar 61
5. Elecciones 67
6. Demasiadas películas de fantasía 81
7. Érase una vez en el espacio 87
8. ¡Bienvenido al club! 103
9. El chico invisible 109
10. Primera pista 121
11. Como una princesa 129
12. Segunda pista 141
13. El abusón 145
14. Tercera pista 155
15. La cita 163
16. MIMPI 171
Agradecimientos 181

—¿Elena…? —preguntó Leo, todavía tratando de procesar la frase que acababa de escuchar. Pero al otro lado de la línea ya no había nadie.

Algo molesto, dejó el móvil a un lado y volvió a tumbarse en la cama. «Cinco minutos más», se dijo. Y entonces, por el rabillo del ojo, vio la hora que era en el reloj digital de la mesita de noche. El corazón le dio un vuelco mientras su cerebro le decía que no podía ser, que no lo había visto bien.

—¡Aaargh! ¡Mierda! ¡Es tardísimoooo! —gritó, apartando las sábanas de un tirón.

A continuación saltó de la cama y se fue corriendo hacia el cuarto de baño mientras se maldecía interiormente.

Los siguientes diez minutos los dedicó a ducharse, lavarse los dientes, arreglarse y vestirse a toda velocidad. «Creo que estoy batiendo algún récord mundial», pensó al salir del baño. Luego pasó por la cocina y se tomó una taza de café frío, del que habían dejado sus padres antes de irse a trabajar hacía ya unas cuantas horas. Sabía horrible, pero nada mejor para quitarse el sueño de encima que un café frío.

Mientras se tomaba el café, cogió el móvil y dio los buenos días en Twitter y Facebook. Estaba enganchado a las redes sociales y no podía pasar más de una hora sin consultarlas. Los *likes* y los *retweets* eran taaaan adictivos…

Luego regresó a su habitación, donde recogió la cartera y las llaves y, como una exhalación, volvió a salir y cruzó el pasillo hacia la puerta principal. Justo cuando se disponía a girar el pomo para abrirla, una voz sonó a sus espaldas.

—¿Se puede saber adónde vas?

Leo se volvió y vio a su hermana Laura en el pasillo, apoyada en el marco de la puerta del baño. Lo miraba con cara de asco y de disgusto.

—¡Me voy a casa de Álex! ¡Hoy tenemos barbacoa!

—¿Y el baño?

—¿Qué le pasa al baño? —preguntó Leo, extrañado. Su expresión era la de la inocencia personificada.

—Hay pasta de dientes en la bañera, agua por el suelo, tu toalla mojada en la tapa del váter… ¿Sigo? ¡Está todo hecho una guarrada!

—Oh, eso…

—Sí, ¡eso!

—Hermanita, tengo muuuucha prisa. ¡Llego megatarde! Cuando vuelva lo limpio todo, ¿vale?

—Se lo diré a mamá —dijo Laura en un tono que no aceptaba discusión.

—Ahora no puedo, en serio… —contestó Leo, suplicante—. ¡Me van a matar si me retraso más!

—Se lo diré a mamá. Y la que te matará será ella.

—¡Me arriesgaré! ¡Te quiero, hermanita! —gritó Leo, abriendo la puerta y lanzándose, literalmente, escaleras abajo, saltando los escalones de tres en tres.

«Mamá me va a matar. Dos veces», pensó unos segundos después, al llegar a la calle y recordar la última bronca que había tenido por no ventilar la habitación ni hacerse la cama antes de marcharse al instituto, solos un par de días atrás.

Pero un instante después ya se había olvidado del baño, de su habitación y del mosqueo de su hermana. Había cosas más importantes en qué centrarse, como encontrar un lugar

donde comprar bebida a aquella hora: las tiendas del barrio ya habían cerrado.

Entonces recordó que a unas calles de la casa de Álex había un supermercado que no cerraba al mediodía, y echó a andar hacia allí a buen ritmo. La casa de su mejor amigo estaba en uno de los barrios «pijos» de la ciudad, casi en las afueras, y tenía casi media hora hasta allí.

De camino aprovechó para fisgonear en las redes sociales y, cuando quiso darse cuenta, ya estaba frente al súper. Al levantar la vista de la pantalla se quedó helado. Un enorme cartel, pegado en el cristal de la puerta principal, rezaba: «CERRADO POR INVENTARIO».

—¡No fastidies…! —se lamentó en voz alta, dándose una palmada en la frente. Aquello implicaba volver atrás y buscar un bazar chino o cualquier otro sitio que tuviera bebidas frescas… «¿Cuándo aprenderé a no ir tarde a los sitios?», pensó, volviendo sobre sus pasos.

Lo que más le fastidiaba de aquella situación era que ahora tendría que estar atento y no podría estar mirando el móvil. Antes de guardarlo, entró de nuevo en Twitter y escribió un mensaje que remató con el *hashtag* #HoyNoEsMiDía.

Luego cruzó la calle, volviendo exactamente por donde había venido, pero a los pocos pasos se detuvo sorprendido. Se frotó los ojos y volvió a mirar. Enfrente había una tienda que nunca antes había visto: la luz de la entrada estaba encendida, y la puerta, abierta de par en par, aunque el interior se veía un poco oscuro. Un olor a especias, chocante pero agradable, asaltó sus sentidos cuando se adelantó para echar un vistazo. Volvió a echarse hacia atrás y observó con atención la fachada. Sobre la puerta colgaba un enorme rótulo de color verde pistacho con un nombre en naranja bien vistoso: «MIMPI». ¿Cuánto llevaba aquella tienda allí? Leo pasaba muy a menudo por la zona y nunca antes se había fijado en ella. De hecho, acababa de cruzar por delante unos

minutos antes y juraría que no estaba allí. Y el cartel discreto no era, precisamente…

Fuera como fuera, aquella extraña tienda era lo que tenía más a mano y no le apetecía caminar más, así que, sin darle más vueltas, cruzó la puerta y rezó para que hubiera una nevera con bebidas.

Le costó unos segundos acostumbrar la vista a la oscuridad del lugar. Sí que había algunas bombillas dispuestas aquí y allá, pero iluminaban muy poco y la luz que emanaba de ellas era anaranjada. Tampoco ayudaba el hecho de que el lugar estuviera lleno hasta el techo de estantes repletos de cachivaches de todo tipo. Era como un bazar chino, pero los artículos a la venta parecían más bien antigüedades traídas de países lejanos. Recorrió un par de pasillos antes de convencerse de que en ese lugar no encontraría lo que buscaba y, finalmente, decepcionado, decidió que lo mejor era dejar de perder el tiempo allí y volver a la calle.

Se dio media vuelta y enfiló hacia la salida, pero llegó a otra zona donde no había estado, llena de jarrones y estatuillas de cerámica. Miró a todos los lados, extrañado, pero no reconoció el pasillo que llevaba a la calle. «¿Me he perdido dentro de una tienda? Esto es una locura», se dijo. Luego se planteó si en realidad no estaría todavía en la cama y todo aquello no sería más que un mal sueño.

Entonces se dio la vuelta y se encontró de frente con un hombre que lo observaba con curiosidad.

Leo dio un salto hacia atrás y casi se le escapó el móvil de las manos, sobresaltado por la aparición de aquel extraño que se le había acercado por la espalda sin hacer un solo ruido, como si fuera un *ninja*.

—¿Busca algo, amigo? —dijo el hombre con un acento muy marcado que Leo no supo identificar, a la vez que le dedicaba una sonrisa desdentada. Era mucho más bajo que él, casi del tamaño de un niño, y bastante mayor de edad. El blanco de su cabello alborotado y de su barba de chivo resal-

taba sobre su piel cuarteada y oscura, mientras sus ojillos rasgados observaban a Leo con detenimiento.

Lo curioso de todo el asunto era que aquel hombre le sonaba de algo.

—¿Amigo? —volvió a preguntarle, ensanchando todavía más su sonrisa. Si le quedaban cuatro dientes en la boca, ya eran muchos.

—Eeehhh… s-sí, ¡cla-claro! —balbuceó Leo. Luego volvió a enmudecer, mientras se preguntaba quién era aquel tipo, quién era él y qué estaba haciendo allí. Durante unos instantes en los que le pareció que no pasaba el tiempo, ante aquella presencia y sumergido en aquel ambiente enrarecido por el olor a especias y la poca luminosidad del lugar, la razón por la que había entrado en ese establecimiento se había esfumado.

—¿Busca bebida? —preguntó de nuevo el hombre, devolviendo a Leo a la realidad.

De repente la tienda parecía estar mejor iluminada y él era ahora un simple vendedor de edad avanzada, que señalaba con un dedo hacia el fondo del pasillo donde se encontraban. Leo observó a ambos lados y, en los estantes, vio los típicos artículos que se pueden encontrar en cualquier bazar: maletas, gorras, mochilas escolares… Luego desvió la mirada hacia donde señalaba el hombre y vio una nevera llena de latas y botellas de refrescos.

«¿Qué me ha pasado?», se preguntó, algo asustado. Volvió a mirar al vendedor, que seguía sonriéndole, y se dijo que lo mejor era comprar lo que había venido a buscar y salir de allí cuanto antes.

—¡Gracias! —dijo Leo, avanzando por el pasillo con paso apresurado. Si algo le habían enseñado sus padres era, ante todo, a ser educado.

Llegó a la nevera y abrió la puerta. Los refrescos no eran de ninguna marca que conociera y la duda lo asaltó de nuevo, pero un instante después cogió los tres *packs* de latas que

había venido a buscar y volvió sobre sus pasos. «A veces las marcas blancas son igual de buenas que las originales», pensó. Al otro extremo del pasillo vio al vendedor, que lo esperaba tras el mostrador, junto a la caja registradora, sin dejar de sonreír ni de observar todos sus movimientos.

«Qué raro todo…».

Lo más extraño era que el hombre seguía sonándole. Y que, ahora que lo había visto con mejor luz, estaba convencidísimo de que, en efecto, lo había visto antes. ¿Pero dónde? ¿Cuándo? Por más vueltas que le daba mientras caminaba en su dirección, no conseguía hallar la respuesta.

Llegó junto a la caja y dejó los refrescos sobre el mostrador.

—¿Cuánto le debo?

Mientras le cobraba, Leo no pudo evitar fijarse en una pequeña mesa circular que había tras aquel hombrecito. En ella había un mantel con un curioso diseño multicolor y, encima, una tetera humeante, un vaso y un plato con lo que parecían unas brochetas de pollo bañadas en una salsa roja de aspecto apetitoso.

—¿Quiere probar? —preguntó el hombre, señalando el plato—. Pollo Satay. ¡Muy rico!

—Eeeeh… No, gracias, ¡de verdad! ¡Me esperan para comer! —contestó Leo, levantando las manos, aunque sus ojos no podían despegarse de las brochetas de pollo.

El hombre le devolvió el cambio mientras dejaba el plato de nuevo en la mesita que tenía a su espalda, luego cogió una bolsa donde introdujo con habilidad los refrescos y, tras entregársela, se inclinó levemente ante Leo mientras cruzaba las manos.

—Gracias, amigo. Que sueños traigan buenas cosas.

—Gracias… —contestó Leo, descolocado.

Luego hizo también una leve y torpe reverencia, se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta del comercio.

—Adiós, señor —dijo, al salir a la calle.

Mientras se alejaba de la tienda a buen ritmo, sin mirar atrás, no pudo quitarse a aquel hombre de la cabeza. Ni el extraño rato que había pasado allí dentro.

De repente, justo después de cruzar la calle, le llegó un wasap de Álex en el que preguntaba, en tono enfadado, dónde estaba. Inmediatamente aceleró el paso y empezó a pensar en la gran tarde que le esperaba junto a sus amigos, mientras olvidaba aquellos extraños minutos que dejaba atrás.